

NOTAS DESCONOCIDAS PARA LA COMPRESION DEL PAISAJE DE PORCAR

No cabe duda de que mi querido paisano Porcar es el pintor castellonense que más tinta ha hecho correr, y conste (valga la inmodestia) que hablo con conocimiento de causa (1).

Dos libros, otro que va en ciernes e infinidad de artículos, en diarios y revistas, nos han ofrecido extensas panorámicas de su vida (en que cada segundo de la misma merecería una publicación) y de su obra (amplia, dogmática y calibrada). Sin embargo, Porcar es el hombre que no da pie para que cerremos, al acabar la lectura de cualquier monografía sobre su vital personalidad, el apartado mental que para él hemos abierto y lo dejemos etiquetado con un breve resumen conceptual. El vitalismo de Porcar es tal que siempre está manando con profusión, y es claro que podemos acercarnos al brocal de su existencia a beber continuos sorbos de esa agua siempre nueva, rica en la sal anecdótica y fresca en su concepción artística.

Nunca viene mal conocer algo más sobre este gigantesco hombre con figura de labriego y con alma de poeta del color.

De cuando en cuando, le visito, hablo con él, le ayudo en lo que puedo. Y siempre salgo de su casa, de su extraña casa, con nuevas ideas, con visiones distintas sobre esos conceptos pequeños que a veces infravaloramos o no alcanzamos a ver, precisamente por ser pequeños. Porcar es un filósofo. Es hombre tremendamente religioso que adora al Creador en su culto a los medios naturales en que vive. Porcar hace filosofía de la naturaleza que le rodea. Una filosofía franciscana, casi eremítica, engrandecida por la soledad, sólo truncada por los cantos de los pájaros (sus amigos) que se posan en las copas de los árboles de su jardín.

Sin embargo, hay algo que nadie conoce de él: su filosofía amarga, sus gritos nunca proferidos y siempre silenciados en el interior de su garganta, que le han conferido esa personalidad casi agreste y poco comunicativa. Nadie nunca se ha preguntado: ¿Por qué Porcar es así? Ese silencio se ha roto ya. Pronto verá la luz un nuevo libro, escrito de su puño y letra a los ochenta y cuatro años, que conserva el vigor de los años mozos, añoranzas que le llenan de placer y de amargura al mismo tiempo, al contemplarlas ahora, al final de sus días. He seguido muy de cerca esta obra: *Trencs, moradures i verducs*. En ella Porcar se confiesa ante su público, ante sus admiradores;

abre su corazón al final casi de su existencia, que Dios quiera sea aún por muchos años, fecunda y prolífica, y nos ofrece sus «notas autobiográficas íntimas». Nos permite conocer su modo de ser y así intuir el porqué de su obra, de su paisaje, de su escultura y de sus aficiones arqueológicas. El desplazado de Aguilera (2) parece que quiere volver así a sentirse cobijado en la comprensión de quienes sólo conocen de él su extraño carácter o sus obras, que ya son historia del arte.

Lejos de mí tratar de justificarle. Le sobran medios a nuestro artista para hacerlo; por otra parte, nadie le pide explicaciones. El arte y los artífices son elementos que escapan a nuestro tiempo y que quedan en el devenir de la historia, que es quien analiza épocas y figuras.

Siempre que he escrito o he hablado sobre Porcar he renunciado a proferir su biografía, de sobra conocida, su paso de *llauradoret* (como se le llamaba) a primera medalla nacional. Me gusta extasiarme ante momentos concretos de esa vida que él me cuenta y que parece que, al ser más concretos, me permiten saborearla con mayor detalle, más si añadido a sus palabras las de sus amigos de otrora aún vivos: Felip, Buenosaires, Sánchez Gozalbo y tantos otros.

En mi tesis doctoral me fijé particularmente en un instante de su vida, intrascendente, pero que, sin embargo, fue el que abrió los cauces a la «escuela paisajística de la Plana», que hoy siguen muchos de los jóvenes valores locales de la pintura. Me gusta ese período, que comienza en 1914, cuando fundó la agrupación Ribalta, más conocida por el *grupo dels nou* (concepto que él mismo me definió y que en un reciente artículo del compañero Catalá Gorgues en *Arriba* de 21 de octubre de 1973 se recoge, sin precisar la procedencia).

Se dice que Porcar no dio a nadie la categoría de discípulo. Puede ser verdad, pero no de modo absoluto; es una verdad a medias. Porcar fundó una academia, extraña, sí, pero que consiguió llevar a Castellón el impresionismo a lomos de nueve jóvenes excéntricos que se pasaban el día pintando en el campo y que exponían en locales deshabitados de las calles principales de la capital de la Plana, al tiempo que tenían que luchar contra el academicismo arcaizante que defendían Sorribas, Mundina, Sánchez Safont y tantos otros. Porcar no tuvo discípulos, aunque nueve hombres siguieran las bases de su arte y de su técnica y aprendieran con él los secre-

(1) *Dos siglos de pintura castellanense (1730-1973)*, tesis doctoral, inédita, 1973.

(2) *Porcar*, por V. AGUILERA CERNI, Valencia, 1973.



LA PANDEROLA, Juan Bta. Porcar

(Caja de Ahorros y Monte de Piedad - Valencia)

CORTESIA DE GALERIA NIKE



tos de la pintura; pero, sin embargo, ha dejado escuela, una escuela que sigue hoy en día fiel a sus dictados, aunque nada parecida a los modelos y técnicas que él creara, ya que para ello tenía que haber vuelto a nacer otro labrador con la «mosca de Ribalta» (como a él le atribuían).

Cuánto trabajo el de aquellos nueve, corriendo montes y llanos los días festivos, plantando los caballetes y procurando retratar el natural bajo la normativa de Porcar, durmiendo bajo las estrellas, ca-

infinito, el gozo de lo excelso, la beatitud y la felicidad que nunca alcanzó durante su existencia. Por todo ello sus pinturas están todas inmersas en un cielo siempre abierto, fugado de infinitos, plétórico de eternidades, y con él, la tierra, como en un culto primitivo en el que se adora la fecundidad y en el que la diosa madre es la que engendra el fruto nacido de las entrañas del suelo labrantío. ¡Cuántas veces el artista se ha arrodillado ante la tierra y la ha adorado en actitud sumisa y reverente!



«Notre Dame». (Colección Rivière, Barcelona)

balgando a lomos de bicicletas, devorando kilómetros para buscar los lugares idóneos que debían ser trasladados al lienzo. Y luego, las exposiciones, montadas sin un céntimo, en locales cedidos que ellos mismos acondicionaban como podían. De aquí nació una escuela. Son los frutos fecundos de una vida que no tuvo descendencia y que sólo conoció la amargura y el desencanto, con la muerte de su hija y de su esposa, a quienes él cuidó con exquisito amor.

Todo sucedía por la misma década. Es un período íntimamente glorioso para el artista, que tuvo que modelar su carácter en la fragua ardiente de la desolación y el dolor, sólo remediados por el estímulo de su arte y la fe en Dios, que conociera desde niño en la iglesia de la Sangre y que tan profundas huellas dejara sobre su persona.

Tantos momentos como éste son los que configuran la vida de Porcar y también su obra, puesto que ambas son inseparables. El color y la pintura son parte de su existencia. Porcar se extasia ante sus roquedales, ante sus cielos, ante sus pasos a nivel o sus portuarias...

El pensamiento de Porcar siempre ha buscado el

En Porcar existe la grandeza. Nos hemos acostumbrado a verle desaliñado, lleno de manchas de pintura, en medio de la indigencia de su domicilio, sin nunca tratar de penetrar en su trasfondo. Lo hemos tomado como una excentricidad de artista, que puede ser un buen medio publicitario. Porcar no busca nada de eso. Si vive así, es por estar en contacto con su propio ser, en la soledad de sus árboles y de su casa y en el abandono de su propia persona, puesto que es su espíritu el que importa. No se preocupa por el dinero; al contrario, lo desprecia. No tiene lazos con la vida más que para adorar el fenómeno vital creador y extasiarse ante él, sublimándolo con su mirada, inquisitiva y penetrante, que luego se proyecta por medio de sus manos en su obra, plétórica de energía, de brusca energía, pues Porcar no es amigo de las suavidades. Conoce su oficio de labrador y sabe que la tierra no es cómoda. Esa es la tierra que pinta Porcar, la tierra que conoce, que se riega con sudores de labriegos y que se abre con esfuerzos de potentes brazos que empuñan la esteva o la azada.

Se escribe mucho sobre composición, situación,

fugas, perspectiva, etc. No preocupa nada de esto a Porcar. No le preocupaba cuando pintaba, a sus diez años, los labradores que estaban frente a él en los trigales (ya desaparecidos) de la Plana, ni le preocupa ahora. Es cierto que consigue gratos efectos, composiciones ordenadas según su plano visual propio, atendiendo a esa «concepción panteísta» de la que habla Aguilera muy acertadamente; pero Porcar, cuando pinta, no está pendiente de nada de eso. Soy de los pocos que tengo el honor de verle trabajar. Nunca le he visto preocupado por cuestiones que angustiarían a otros profesionales: situación, luz, ordenación, gradación de colores, compensación... Porcar nunca ha tenido nada en cuenta; si pinta de esta o de otra manera es porque le sale así del corazón, y él no tiene más consejero; su pintura es innata, sabiamente innata. No ha sido nunca un pintor cerebral; por el contrario, siempre ha predominado en él el sentimiento por encima de las ordenaciones clásicas y académicas. Los colores no le importan cuando mancha; lo hace espontáneamente, sin pensar, con brusquedad (nota importante en su carácter), pero con una ternura interior infinita. ¿Cómo, si no, explicaríamos esos niños (*nens*, como él los llama) llenos de ese encanto inocente que contrastan casi de modo salvaje con sus paisajes llenos de desgarrante agresividad? Sí, detrás del infinito de sus cielos, en el punto final eterno de sus fugas, existen esos ojos inocentes que abarcan un cielo inmenso límpido y azul que se trastoca por el llanto del sentimiento del artista desplazado, herido, humillado y acongojado.

La grandeza de Porcar está allí, en su ternura, que siempre se ha ahogado en su paisaje, pero que tenemos la obligación de ver...

Cuando de niño era acólito de la Sangre, con Felip y otros, gustaba de escuchar el órgano de la capilla, que llenaba con voces tonantes el pequeño recinto y se expandía por la bóveda, inundándolo todo de armonía sublime. Es un recuerdo que siempre ha tenido presente. En la escala cromática de sus valores está latente ese órgano de trescientos registros que dejaba escapar su voz armonizada en el acorde o en la sutil arpeggiatura. Aquellos ojos y oídos infantiles se impresionaron vivamente y por siempre, vieron en los cielos las composiciones armónicas de Bach, sus fugas, su cromatismo, su mezcla extraordinaria de melodías contrapuntadas que luego Porcar trasladaría al lienzo a su manera, viendo siempre en todo un recuerdo infantil imborrable de aquella capilla del Toll castellanense.

Quizás se diga que todo esto son sofismas, variaciones y juegos de palabras más complicados, complejos, y al mismo tiempo vanos y sutiles, que las definiciones clásicas o las descripciones académicas de una pintura. Puede ser, no lo niego. Pero ésta es la manera como Porcar ha concebido su pintura, ésta es la forma como él mismo me la ha hecho ver. Alguien dirá, no obstante, que son palabras huecas para justificar algo... Para justificar, sí; pero a mí

no me parecen huecas. Es cierto que en el fondo de cada uno existe algo insondable; la psicología nos lo dice y nos lo confirma. ¿Por qué no hemos de comprender la psicología de este artista, dejando aparte todos los demás factores, que están hoy al lado de la pintura comercializándola por medio del dinero o la publicidad?

Hay, eso sí, dos constantes en el paisaje de Porcar. El cielo y la tierra. Un cielo dogmático, irreal, plétórico de musicalidad, de cromatismo, de deseos inalcanzables; una tierra ardua, seca y difícil, conocida tras largos años de trabajos junto a ella. Con ello los colores, poco pulidos, reflejo de su carácter, huraño, irritable y bronco. No podía ser de otra manera. Porcar es un labrador metido a artista; por ello hasta que él no llegó no hubo en la historia de la pintura española quien trabajase como él cielos y tierra en el lienzo. Otros lo hicieron mejor, con más arte si se quiere, pero muy pocos con su conocimiento y sus vivencias y nadie con su propia mentalización.

Porcar creó «su» paisaje, el paisaje porcareño, que no imitaba a nadie, aunque siguiese directrices impresionistas y pintores más o menos consagrados, pues su concepción era propia, es propia, ya que aún sigue trabajando y viendo el color y la composición. No podía imitar. Tenía demasiados conceptos, demasiadas vivencias, demasiados desasosiegos en su interior como para hacer algo que ya se hubiese hecho. Dejando aparte la calidad, peor o mejor, no cabe duda de que sus obras son únicas, propias, incuestionables. Porcar es un pintor que no ha tenido ni tiempo ni ganas de ganar conceptos nuevos, ni de seguir a nadie. Su evolución va pareja con su pensamiento. El nunca pretendió pintar para agrandar. Si lo hizo así y gustó o se le reconoció su obra, es algo exterior al artista. El siguió su conciencia, se trazó un camino que nunca se torció, a pesar del hambre, los desprecios y las penalidades. Hoy ha llegado a ser historia.

Hoy, cuando ha corrido mucha tinta, cuando el buen amigo Gonzalo Puerto (3) y el crítico Aguilera Cerni han escrito sobre el maestro y lo han legado a la posteridad, cuando las revistas y otros medios de difusión se preocupan de él, cuando su firma se ha cotizado en el mercado, Porcar sigue viviendo tranquilo en su destartalada vivienda, sigue pintando y «rumiando» sus vivencias personales y de su época. Por esto es por lo que se me ocurrió hablar de esas vivencias, que a veces me cuenta y que constituyen algo de su interior, muy propio y que nos ayuda a comprender su obra, fuera de estructuralismos y convencionalismos, con sencillez, con la sencillez de un labriego... que tras muchas vivencias llegó a ser «alguien» en la pintura española.

ANTONIO JOSE GASCO SIDRO

(3) *El pintor Porcar, su vida y afares*, por GONZALO PUERTO MEZQUITA, Castellón, Armengot, 1964.